From the SelectedWorks of Jorge Adame Goddard

March 11, 2013

La elección de un Papa

Jorge Adame Goddard

bepress™

Available at: https://works.bepress.com/jorge_adame_goddard/194/

LA ELECCIÓN DE UN PAPA

Por Jorge Adame Goddard

Es una elección diferente de la de cualquier otro dirigente humano, porque el Papa, así lo ve el creyente, es el Vicario, el representante, de Cristo en la Tierra. La autoridad y potestad que tiene el Papa, a diferencia de los dirigentes políticos, no la recibe de sus electores, sino que la recibe de Cristo mismo. En la elección del Papa se trata de elegir no a alguno que me represente, o que represente a la mayoría de los miembros de la Iglesia, sino al que represente a Cristo. ¿Y cómo es posible que unos elijan al representante de otro?

Es ilustrativa la primera elección que hubo en la Iglesia, la elección del que iba a ocupar el lugar de Judas Iscariote. Narran los *Hechos de los Apóstoles* que Pedro convocó a los demás apóstoles y les propuso que eligieran un sucesor. Ellos consideraron que debía ser alguno de los discípulos que habían perseverado desde el principio hasta ese momento, y seleccionaron a dos: Matías y José Barsabás. Hasta aquí, la elección se había hecho considerando los méritos humanos, la fidelidad y el aprecio que tenían en la comunidad. Pero faltaba la decisión final, elegir al que sería el décimosegundo apóstol. Entonces se pusieron a orar diciendo "Tú Señor, que conoces el corazón de todos, muestra a cuál de estos dos *has elegido*". Ellos saben que el Señor, Cristo, ya eligió, por lo que su trabajo se reduce a conocer cuál es el elegido, no ha elegirlo ellos. Lo que entonces hicieron fue echar suertes, y así quedo designado Matías.

Ahora, el Colegio Cardenalicio tiene un número más o menos acotado de elegibles, los propios cardenales; de entre ellos tienen que designar –más bien que elegir– a aquél que Cristo ha elegido ya. El trabajo de los cardenales es discernir cuál es la voluntad de Dios en este punto. Por eso, el proceso electoral tiene unas características muy propias.

Se inicia con una Misa en la que se pide ayuda a Dios para elegir al Papa. Terminada la Misa, los cardenales salen en procesión caminado, con su hábito rojo, y cantando un himno para invocar al espíritu Santo, el *Veni Creator.* Al llegar a la Capilla Sixtina, donde serán las votaciones, todos y cada uno prestan un juramento, por el que se obligan ante Dios a respetar las reglas electorales, a desempeñar fielmente el cargo de Papa en caso de ser elegido, a

guardar secreto de todo lo relativo a la elección, y a no apoyar o favorecer ninguna intervención externa. Después oyen una meditación acerca del grave deber que tienen y hacen unas oraciones rituales. Al momento de depositar su voto en la urna, cada cardenal, debe pronunciar en voz alta este otro juramento: "Pongo por testigo a Cristo Señor, el cual me juzgará, de que doy mi voto a quien, en presencia de Dios, creo que debe ser elegido".

Todas esas peculiaridades, que no existen en ninguna otra elección de dirigentes humanos, así como el aislamiento de los cardenales respecto del mundo exterior y el secreto que se obligan a guardar, se explican porque el trabajo de los cardenales, como ya se dijo, no es elegir al humanamente mejor, sino al que Dios ha querido. Por esto mismo, la propia ley electoral (§ 84 de la constitución apostólica *Universi Dominici Gregis*) dispone que todos los fieles oren para que el Señor "ilumine a los electores".

Las consideraciones sociológicas y políticas acerca de los méritos de los distintos cardenales, de sus capacidades, de si son de un país con muchos o pocos católicos, de si son amigos o adversarios de ciertos personajes, etcétera, son atendibles, pero ciertamente secundarias en comparación con lo principal: elegir al que Dios ha elegido ya.